

El referente y lo referencial en la génesis de la novela picaresca.

Brac, 116 (209-218) 1989

Por ANGEL ESTEVEZ MOLINERO
(CATEDRÁTICO DE I.N.B.)

Los problemas suscitados en torno al surgimiento de la novela picaresca, que se centran fundamentalmente en el porqué de un espacio y un tiempo determinados ("puede uno preguntarse, como ha escrito M. Molho (1972:20), por qué nace en España y no en otra parte"), continúan atrayendo la atención de la crítica. A pesar de los muchos estudios dedicados al tema, la genealogía de sus orígenes continúa casi tan oscura como se nos presenta la genealogía misma de algunos pícaros. Pretender, por otra parte, que esta aparición presente el certificado irrefutable de una fecha y un nombre nos parece tarea harto arriesgada, pues, en cualquier caso y para cualquier solución concluyente, habría que considerar un período de latencia en que este nuevo producto fuera tomando forma.

La 'Vida del Lazarillo de Tormes', que marca, en principio, el punto de partida de estas nuevas formas narrativas de aprehender la realidad, suscita las primeras controversias, y la pregunta de hasta qué punto es acertado considerarla como la primera novela del género ofrece respuestas encontradas sin que, por el momento, se haya dado una solución definitiva; mientras unos, en efecto, le conceden la primacía (así J.A. Goytisolo (1967:62), quien opina que, a partir del 'Lazarillo', se produce un continuo proceso de degradación del género picaresco, o A. Prieto (1975:379), quien le concede la venturosa fortuna "de que en su cauce Mateo Alemán componga su 'Guzmán de Alfarache', o V. Sklovski (1971:196), para quien "Lázaro introdujo la paja en la jarra de la vida y con ella, durante largo tiempo, bebieron muchos escritores"), otros, por el contrario, le niegan tal primacía en favor del 'Guzmán', como hace M. Bataillon (1958:49) cuando advierte: "C'est qui est vrai, c'est que Lazarillo, en tentant la vie du roman autobiographique, a ouvert celle du roman picaresque", reconociendo, eso sí, que el anónimo padre de Lázaro tiene el mérito de haber señalado el camino; también L. Carreter cuestiona este papel iniciador de Lazarillo (1960:19/20), cuando precisa que éste ni es pícaro ni su mundo es picaresco, sino sórdido, admitiendo que será Guzmán de Alfarache quien modele nuestro concepto de pícaro.

Sin desdeñar, desde la perspectiva de la Historia, la incidencia del espacio y del tiempo, aspectos difícilmente deslindables de lo que es la figura del pícaro y de la problemática que lo impulsa a

salir a la luz, intentaremos exponer, de forma sintética, las tesis más sugerentes que se han formulado, en intentos tan parciales como insuficientes por sí mismos, para esclarecer este surgimiento. Las posiciones fluctúan entre quienes piensan que este género se debe a causas sociopolíticas del momento histórico e incluso a la actitud que el hombre hispano adopta frente al mundo, y quienes consideran que su origen no es otra cosa que la lógica consecuencia de un proceso literario en la búsqueda de técnicas y temas nuevos. La verdad es que, desde un punto de vista ecléctico, la génesis de la picaresca bien pudo ser el resultado de la evolución literaria hacia nuevas formas de expresar la problemática puntual de un tiempo que, en el espacio hispánico, agudiza la tensión individual (minorías discriminadas luego de una más que flexible y fructífera convivencia anterior) y la tensión colectiva (condiciones sociopolíticas, religiosas y económicas de los Siglos de Oro).

Uno de los aspectos que han sido tenidos en cuenta a la hora de analizar el surgimiento de la novela picaresca es la situación en que se encontraban los judíos conversos. Parte esta tesis de una pregunta tan elemental como compleja: ¿Qué tienen que ver los cristianos nuevos y viejos en el auge, específicamente español, de los pícaros y de la picaresca? Es evidente que el papel desempeñado por los cristianos nuevos, en épocas inmediatamente anteriores y en el ámbito de la cultura y de la economía, no deja resquicios a la duda y, por lo mismo, que sean innegables su incidencia y sus preocupaciones cuando se ven obligados a desarrollar su actividad en unas circunstancias, casi siempre y lamentablemente, poco propicias.

En este sentido, Américo Castro (1948), vehemente defensor de la tesis de los judíos conversos, traslada la cuestión de la pureza de sangre desde el universo novelesco de los personajes al más fácilmente documentable de los autores, estableciendo una estrecha relación de causa a efecto entre la situación de los judíos conversos y la tonalidad de la picaresca, siempre con su peculiar visión de reducir todo a la triple influencia de judíos, moros y cristianos. Según él, surge así esta literatura que los judíos conversos crean contra una sociedad que no los acepta por su condición de cristianos nuevos; en esta línea, corrobora M. Bataillon (1969:242): "No hay duda de que otras sociedades, al comenzar la edad moderna, conocieron la ascensión de hombres nuevos que se enriquecieron con sus negocios y se fueron integrando, con mayor o menor facilidad, en la antigua nobleza. Pero aquella España, que entonces dio a Europa su gran picaresca, practicó, a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, con las exigencias de sus estatutos de Limpieza de Sangre, una especie de carrera de obstáculos, cuya dificultad parecía absurda a muchos hombres sensatos, hasta el punto de que Felipe IV, poco después de su llegada al trono, quiso aliviar aquellos rigores".

Es un problema que no merece discusión el hecho de las discriminaciones raciales, que tendían a reprimir toda ascensión social a los individuos de sangre no limpia. No es extraño, por ello, que

la materia picaresca careciera de un carácter ameno y transpirara, bajo la máscara de las burlas, una profunda y amarga crítica.

Ahora bien, esta visión, no exenta de lógica y sugestividad, es insuficiente por sí misma para explicar un problema tan complejo. Es aplicable, por la condición del autor, a ciertas obras, de forma más o menos clara, como al 'Guzmán de Alfarache' y más discutiblemente al 'Lazarillo de Tormes': pero, ¿cómo extenderla a las novelas de Quevedo o Espinel, por ejemplo?; incluso, en el caso de 'Estebanillo González', J.A. Goytisolo (1967), que alude a la posibilidad de un autor judaizante -como también lo apunta W.K. Jones-, justifica, sin embargo, los dos episodios claramente antisemitas del texto (judíos de Rouan y de Viena) como un recurso técnico para despistar y complacer a lectores enraizados en el sentir y el sentido de la sangre vieja.

En cualquier caso, esta tesis de A. Castro, sostenida por él contra viento y marea, ni puede ni debe aceptarse como causa exclusiva y excluyente; sería dogmatizar una cuestión que, sin duda, su inspirador no pretendió ni debiera pretenderse sin perjuicio de la objetividad y de otras causas por lo menos tan válidas.

Por otra parte, la relatividad de los enfoques de/desde la obra literaria posibilita múltiples perspectivas de acercamiento al hecho literario, y así, por ejemplo, Bataillon, sin salirse del terreno de los textos, se interesa, a diferencia de lo que preocupa a A. Castro, no por la pureza o impureza de los principales autores de novelas picarescas, sino por la presencia de esta pretendida pureza o impureza en el mundo de los personajes de estas obras, pues como afirma (1969:242/243), teniendo en cuenta el contexto histórico, si "el hidalgo es racialmente puro, por definición, el pícaro no podrá ser su antítesis si no aparece marcado, poco o mucho, por aquella impureza que tendría que excluirlo para siempre de los privilegios reservados a los hidalgos". Claro que la intencionalidad del 'autor' y los comportamientos del 'personaje' están, finalmente, supeditados a una tercera consideración: la del punto de vista elegido para transmitir el mensaje, es decir, la forma autobiográfica, que instituye textualmente, entre el autor que comunica y el personaje que actúa, la categoría del 'autor ideal/narrador' que cuenta, convirtiéndose, precisamente por ser el contador inmediato, en elemento funcional de obligada referencia, pues, como ha escrito Alberto del Monte (1971:55), "lo importante no es que el pícaro sea el protagonista de la narración sino que sea él el narrador: de esta manera cambia el modo de interpretar la sociedad, que se examina desde abajo, desde el punto de vista del rencor, o mejor, del egoísmo".

Si relativa es la cuestión de la pureza o impureza de sangre, según la consideremos desde alguna de las posibles y diversas perspectivas, no lo es menos intentar explicar la aparición de la novela picaresca como si de un problema de hambre se tratara. Quienes sostienen esta tesis se apoyan en la situación de la miseria en que España se debatía.

Ya desde 'Lazarillo', como ha señalado Goytisolo (1967), la

caracterización del héroe como "mozo de muchos amos", su continuo peregrinar en la búsqueda del pan de cada día, responden al contexto real de la sociedad española de su tiempo, poblada de clérigos, mendigos, huérfanos, hidalgos sin fortuna, maleantes, etc.

Ahora bien, podemos preguntarnos con A. Parker (1971:44): "¿Cómo podemos asegurar con alguna certeza que las condiciones de vida en España eran peores que en otros países, y por ello más lógico que aparecieran novelas de delincuencia en ella y no en otra parte?".

La pregunta, válida en su planteamiento, queda en buena parte refrendada cuando contrastamos el número de mendigos, unos ciento cincuenta mil, con la población de la época, que era de nueve millones. Desde esta perspectiva, el problema se presenta como relativamente marginal; más aún, Díaz Plaja (1969) niega, de entrada, que nos sirvan las causas de la pobreza, pues estudios realizados han demostrado que en Francia e Inglaterra, por ejemplo, había más pobres que en España.

Hay que considerar, por otra parte, las ideas que en el siglo XVI se tenían sobre los pobres y el sentido que se daba a la limosna y a la beneficencia. A este respecto, y luego de sugerir que debe abordarse el tema por el camino directo de la novela picaresca en la que abundan estampas de mendicidad, opina M. Bataillon (1969:19): "El pobre es, entonces, el mendigo, unas veces verdadero y otra simulado. El pobre vergonzante que realmente forma legión, plantea además un problema desconcertante por su amplitud, en una sociedad en la que el trabajo manual no es manera más normal de ganarse el pan que el servicio personal en todas sus infinitas variedades". Cabe precisar que, en la misma medida que existe una valoración de la limosna como la obra redentora por excelencia, aspecto destacado por Moreno Báez (1948) en su acercamiento al 'Guzmán', existe una desvaloración del trabajo, que es considerado como una deshonra, ofreciéndonos de ello una muestra arquetípica el escuálido y decadente hidalgo que mereció, en su día, la plena compasión del Lázaro de Tormes.

Autores hay que, sin soslayar otros aspectos, conceden una gran importancia a este móvil del hambre; en este sentido, y a propósito de Lazarillo, escribe A. del Monte (1971:47): "Sus comentarios son siempre imprecaciones inspiradas por la necesidad de vencer el hambre y por la imposibilidad de hacerlo, pero nunca revelan una reacción ética o un juicio moral; agobiado por el hambre y por la avidez, no tiene tiempo ni ocasión de plantearse otros problemas y juzga a los hombres y acontecimientos según la capacidad y la saciedad del propio vientre".

Ciertamente, la interpretación es interesante en lo que concierne al 'Lazarillo', pero resulta inconsistente cuando la referimos a otros héroes de la novela picaresca y, sobre todo, si la aplicamos a Estebanillo González, que, a más de pasar hambre en contadas ocasiones, se permite exquisiteces de alta gastronomía; en esta idea abunda M^a del Pilar Palomo (1976:138) cuando descubre en

el 'Estebanillo' "como cima del triunfo de la picaresca, un final feliz y próspero para el pícaro. Que, para mayor escarnio, escoge la ruta degradante por vocación, no por imperativos del hambre, desamparo o soledad".

Parece, pues, matizable que el problema del hambre, tanto desde una consideración histórica como desde el propio estómago del pícaro, sea una exigencia suficiente para movilizar hechos y plumas. Sí hay que admitir, no obstante, que mereció el interés de los autores y que, desde este punto de vista y fuera cual fuere su intencionalidad, no debe marginarse; pero tampoco debe realizarse hasta el punto de convertirlo en móvil fundamental, sobre todo porque los mismos autores del género picaresco dejan entrever otros aspectos más definitorios de este tipo de narrativa.

Sin una pretensión, ociosa por lo demás, de constituirse en la explicación definitiva de la novela picaresca, lo cierto es que la cuestión de la honra -tan conectada con otros aspectos- ha merecido la atención de la crítica permanentemente, y el tema del honor, tan peculiar y privativo de nuestro Siglo de Oro, se ha consolidado, en gran manera, como uno de los rasgos paradigmáticos de estas novelas. En una excesiva simplificación del problema, dos son las opciones que aglutinan las explicaciones sobre esa insidiosa obsesión de la honra que, entre líneas o a las claras, parece acosar al héroe picaresco.

Una de ellas, quizás por ser tan simplista en apariencia, suscita por sí misma el recelo y la duda; pretende que es el deseo de ascender socialmente hasta una posición honrosa lo que mueve al pícaro, golpe a golpe y aventura tras aventura, a la búsqueda continua de ese mundo restringido; sin embargo, el mismo determinismo con que el pícaro se marca desde su origen ("Ningún pícaro, afirma M. Molho (1972:25), rehusa a priori la ley de su destino, prefigurado ya en su nacimiento") y el desenlace frustrante con que da fin a sus idas y más idas entre amos y caminos, invitan a cuestionar tan ingenua pretensión, aun encontrándose 'en la cumbre de toda buena fortuna'. Como a posteriori ha constatado J.A. Maravall (1969), mientras en el teatro podemos contemplar a campesinos al lado de nobles, la novela, contrariamente, recoge los casos de frustración de aquellos seres que, apeteciendo escalar socialmente, se ven humillados y relegados.

La otra de las opciones, más compleja y más tratada, nos presenta al pícaro enfrentado críticamente al concepto y al hecho del honor desde su posición deshonorada, bien para denigrar a quienes se aferran, como dice Lazarillo (1978:III, p.123), "a su negra, que dicen, honra", bien para realizar, como apunta Bataillon (1969:205), "el elogio irónico del mozo de cordel caracterizado por sus harapos que lleva con alegría, y que hacen de él la antítesis del hombre honrado obsesionado por sus preocupaciones de decencia y de decoro". Desde este punto de vista, y sea cual sea la intencionalidad del autor, "nuestras novelas picarescas, como precisa M. Molho (1972:23), parten todas del principio, eminentemente aristocrático, de que

no hay dignidad ni honor fuera de los que se fundamentan en la sangre. El deshonor picaresco supone una religión del honor: la blasfemia no puede existir más que en el creyente. Precisamente porque el honor es en España el principio rector de toda vida social y moral (estableciendo entre los hombres una división rigurosa), es por lo que se instituye, aquí y no en otros sitios, el mito del pícaro, ejemplar encarnación del antihonor". Con esta aproximación al carácter de la honra, en las novelas picarescas, Molho suscita una cuestión de contrarios: la obsesión por la honra es criticada desde su total ausencia. El alcance de esta crítica queda subrayado por el hecho de que el pícaro nace en la ignominia y porque, desde esa condición, su cinismo le impulsa, más allá de los hurtos y estafas de dinero, a cometer estafas de honra, como ha destacado Bataillon (1969:210): "Algo no menos característico de los pícaros deshonrados desde la cuna, que suben a la cumbre del favor literario en la época de Felipe III, es su insolente usurpación de identidades honradas". Los ejemplos abundan en las novelas del género: Guzmán, pobre, visita en Génova a un tío, hombre honrado y acaudalado, que, al verlo en tal estado de miseria, lo rechaza con una burla cruel; será necesario que Guzmán usurpe una posición de honra y de dinero para que, en otra ocasión, sea espléndidamente acogido. Más claro es aún el caso de Pablos cuando, después de varias estafas de honra, pretende el matrimonio con una noble dama, que, ¡ay desdicha!, resulta ser, sin él saberlo, prima de su antiguo amo D. Diego Coronel. El mismo Estebanillo, más ajeno quizás a estas preocupaciones, no puede evitar pavonearse cuando es agasajado como persona importante por la Emperatriz María.

¿Qué pretendían los pícaros con estas estafas de honra?: Situarse, sin duda, en el escalafón de personas "honradas" para, desde esta atalaya, dar una más directa significación a la crítica que pretenden, partiendo "del principio, eminentemente aristocrático, de que no hay dignidad ni honor fuera de los que se fundamentan en la sangre". En este sentido, parece oportuna la diferenciación entre personas de honra y hombres honrados que establece Guzmán (I, 2º, III, p. 374): "Dime, ¿no es ése, que agora como fingido pavón hace la rueda y extiende la cola, el que ayer no la tenía? Sí, el mismo es. (...) Y si bien lo consideras, hallarás los tales no ser hombres de honra, sino honrados. Que los de honra, ellos la tienen de suyo; (...) Mas los honrados, de otro la reciben". Consiguientemente, el concepto de hombre honrado es algo que depende de los otros, pues de los otros reciben la honra; ahora bien, en un mundo en el que "todo anda revuelto, todo apriesa, todo marañado" (Guzmán: I, 2º, IV, p. 382), el pícaro comprueba, una y otra vez, que la justicia no es igual para todos, pues, aunque "todos mienten, todos roban, todos trampean", el juicio que sus actos merecen no es el mismo; como dice Guzmán (I, 2º, VI, p. 391), "lo de los otros era pecado venial y en mí mortal". Esta desigualdad de la culpa es lo que empuja al pícaro a denunciar, con buenas dosis de amargura y desengaño, la intolerancia y la hipocresía de "esas lenguas engañosas y falsas que

como saetas agudas y brasas encendidas les han querido herir las honras y abrasar las famas, de que a ellos y a mí resultan cada día notables afrentas" (Guzmán: I, 1^o, I, p. 297) y que, golpe a golpe y ejemplo tras ejemplo, reafirman el determinismo con que, desde su nacimiento, el pícaro está marcado.

En cualquier caso, tanto si consideramos al pícaro como prototipo del antihonor como si le reconocemos su papel de usurpador de identidades honradas, lo cierto es que la cuestión de la honra, como la situación de los judíos conversos y el problema del hambre, no pueden ser analizados separadamente ni extrapolados de la realidad social, pues, siendo aspectos constituyentes de la materia literaria, hay que creer, como Goldmann (1971:208), que "tratar de comprender la creación cultural al margen de la vida global de la sociedad en que se desarrolla es una empresa tan inútil como tratar de arrancar, no provisionalmente y por necesidades de estudio, la palabra a la frase y la frase al discurso". No es de extrañar por ello, y por el propio carácter de la novela picaresca, que los sociólogos se hayan sentido atraídos por este tipo de literatura y hayan aportado, desde la óptica sociológica, la interpretación de tal surgimiento.

"La sociedad española, ha escrito M. Molho (1972:21), o más bien la imagen que se da de ella misma, está dominada, bajo el reinado de los Reyes Católicos, de Carlos V y de los príncipes de la casa de Austria, por la noción fundamental de la hidalguía, que cobrará mayor importancia a medida que España rehúsa más obstinadamente adaptarse al naciente capitalismo, aislándose así del resto de Europa". Efectivamente, mientras Europa rompe los viejos esquemas sociales y es conducida por obra y criterio de la burguesía hacia formas incipientes de capitalismo, España propicia unas estructuras que apenas conoció en la Edad Media. Es interesante, a este respecto, recordar la situación histórica en que aparece y se desarrolla la novela picaresca y que, en una exposición de trazos impresionistas, podemos sintetizar en las deficiencias del sistema agrario, el escaso rendimiento de la industria, la incompetencia financiera de la Corte con sus continuas bancarrotas, el espíritu tridentino, el progresivo declive de la hegemonía política, así como el hecho, destacado por A. del Monte (1971:69), de una población "dividida, por la ausencia de la burguesía, en dos grandes clases: la aristocracia y el pueblo, separadas por un insondable abismo de privilegios y prejuicios".

La importancia del dinero, por otra parte, es tanta que el prestigio social queda supeditado al 'tanto tienes, tanto vales', y así para Guzmán (I, 2^o, IV, p. 378) "¿quién les da la honra a los unos que a los otros quita? El más o menos tener"; años más tarde, concediendo mayor importancia al dinero que a la honra, declarará Estebanillo (1978: V, p. 849): "me reía de los puntos de honra y de los embelecocos del pundonor, porque a pagar de mi dinero, todas las demás son muertes y solá es vida la del pícaro".

A partir de estas consideraciones, la crítica sociológica ha visto en la novela picaresca el ojo revisor de toda una serie de valores sociales. La opinión de Julio Cejador (1969:8/9) sobre 'Lazarillo'

("es una sátira viva y mordaz de la sociedad española de la primera mitad del siglo XVI, tanto más picante y sangrienta, cuanto más rebozada, que ni se trasluce la menor intención; cuanto más desinteresada y desapasionada, que ni rastro del autor se halla en ninguna parte"), contrasta con la que ofrece Ch. Aubrun (1971:147) cuando, sobre el mismo libro, escribe que "existe como una nostalgia de un estado anterior basado en el equilibrio de los tres órdenes: la aristocracia, el clero y el tercer estado. El autor no condena el nuevo régimen, prefiere burlarse de él y hacer reír a los demás". Ya no se trata, pues, de una simple crítica desprovista de toda pretensión que no sea el escarnio; al referirse Aubrun a la "nostalgia de un estado anterior", nos conduce a considerar la actitud de quien denuncia una situación determinada, porque la compara con otra, anterior en este caso, que juzga mejor. Y, si en Lazarillo se vislumbra esa nostalgia de que el tiempo pasado fue mejor, "Mateo Alemán, prosigue Aubrun (1971:149), identifica al pícaro y al bribón con los usureros y comerciantes, con todos los desclasados, es decir, los que no pertenecen al clero, a la aristocracia y al tercer estado", mientras que, por obra y arte de la pluma de Quevedo, también según Aubrun (1971:151), "todo el mundo se mueve, se agita, se desplaza en esta novela (El Buscón); se denigra a la sociedad presente, no para transformarla, sino para reformarla según el modelo inmanente, el orden divino". Algunos años después, y continuando la misma línea, "Estebanillo, como ha dicho J.A. Goytisolo (1967:67), descompone los valores universalmente acatados por la comunidad hispana y nos lo hace saber sin ningún empacho. En un momento en que el poderío español parecía todavía en su apogeo (...), la suerte del Imperio y las consideraciones patrióticas le son totalmente extrañas".

El sentido de crítica social de estas novelas, que parece innegable, suscita, sin embargo, matizaciones diversas; los sociólogos de la literatura, por una parte, enfatizan la figura del pícaro como el ser revisionista del orden social en que vive, sacudido por la añoranza de un estado anterior que la irrupción del dinero hizo tambalear; no es raro, por ello, que Aubrun afirme (1971:152): "La Literatura picaresca justifica el odio de la nobleza por la burguesía que aspira al poder"; por el contrario, A. del Monte (1971:68) destaca "la ausencia de una clase burguesa" y Molho (1972:22) habla de "una burguesía mortificada mientras que en otras partes se desarrolla", y prefieren, consecuentemente y como ya hemos visto, conceder la importancia a otros aspectos sin desdeñar, por ello, la perspectiva sociológica, pues/pero, según A. del Monte (1971:158), "para los escritores picarescos, el problema social se presentaba como indisolublemente asociado al moral: como ya se ha dicho antes, no denuncian las estructuras de la sociedad, sino la corruptela de sus exponentes y los métodos que dominan en ella".

Quizás la observación de F. Brun (1971:137), respecto a la aplicación de este método crítico a determinadas obras, merezca ser tenida en cuenta: "Creo que cuanto más aparece un texto cargado de una realidad social directamente observada, más hay que descon-

fiar cuando se trata de buscar o dar de él una interpretación sociológica".

Si importante, más allá de los métodos, es la dimensión social, no lo es menos la problemática existencial que fluye por las novelas picarescas. Como ha destacado B. Brancaforte (1979:38), "el rasgo psicológico que se identifica más estrechamente con Guzmán es el querer 'ser otro'. (...) Desde la perspectiva de la psicología existencialista -Sartre en particular- querer ser otro significa para Guzmán no aceptar la imagen de él establecida por la sociedad, no conformarse con los límites impuestos por los otros"; ello impulsa al pícaro a elegir su ser, la "choisie de l'etre", como diría Sartre. En esta búsqueda, el pícaro descubre, y nos descubre, la soledad del individuo frente a una sociedad hostil. Esta soledad supera toda abstracción del término en cuanto a motivaciones espirituales e internas; es una soledad externa, física, de alguna forma "socializada" en la medida que sitúa al individuo frente a la colectividad y al instinto natural de supervivencia frente al egoísmo de las masas. Descartado este concepto de la soledad en el héroe picaresco, Félix Brun considerará más acertado enfocarla en la misma línea que la soledad de Robinson. Esta soledad del héroe frente al mundo respondería, no tanto a la problemática social de la época, cuanto a una intencionalidad literaria, cuyo pretexto, según F. Brun (1971:137), sería "mostrar al individuo reducido a sus propios recursos y defendiéndose ante el mundo hostil". Por este camino nos acercamos al arquetipo del individuo autónomo. "Propongo, por lo tanto, dice F. Brun (1971:138), que se considere la novela picaresca como una manifestación precoz del destino individual dentro de la naciente sociedad capitalista".

Esta afirmación nos conduce a consideraciones de tipo económico y social y, consiguientemente, a emparentar la interpretación psicológico-existencial con la sociológica; claro que, desde una perspectiva de conjunto, el problema del linaje, del hambre y de la honra se incardinan en/entre uno y otro punto de vista.

Sin olvidar otras causas y concausas como, por ejemplo, el espíritu postridentino que más que agradar pretende enseñar o las influencias literarias, lo cierto es que, en la génesis de la novela picaresca, confluyen, por una parte, las tensiones individuales y sociales de un tiempo y un espacio con características muy peculiares y, por otra, la necesidad de comunicar formalmente, mediante una adecuada elección del punto de vista, dichas tensiones.

Al final, en el interjuego de la realidad y la obra literaria, del referente y lo referencial, queda la visión que cada autor transmite del mundo que conoció, eligiendo para hacerlo al pícaro, a quien instituye como autor ideal/narrador que se cuenta a sí mismo en cuanto personaje que actúa, sirviendo esta historia de sus comportamientos como ejemplo, al autor, para expresar su actitud frente al mundo.

REFERENCIAS

- AUBRUN, CH., *La miseria en España en los siglos XVI y XVII y la novela picaresca*, en 'Literatura y sociedad', Edic. Martínez Roca S.A., Barcelona, 1971.
- BATAILLON, M., Introducción a *La vie de Lazarillo de Tormes*, Editions Montaigne, París, 1958; *Pícaros y picaresca*, Taurus Ediciones, Madrid, 1969.
- BRANCAFORTE, B., Introducción a *Guzmán de Alfarache*, Cátedra, Madrid, 1979.
- BRUN, F., *Hacia una interpretación sociológica de la novela picaresca*, en 'Literatura y sociedad', o.c...
- CASTRO, A., *España en su historia*, Edit. Losada, Buenos Aires, 1948.
- CEJADOR Y FRAUCA, J., *La vida de Lazarillo de Tormes*, Edición, introducción y notas de Clásicos Castellanos, Madrid, 1969.
- DIAZ PLAJA, G., *El oficio de escribir*, Alianza Editorial, Madrid, 1969.
- GOYTISOLO, J.A., *El furgón de cola*, Edit. Ruedo Ibérico, París, 1967.
- GOLDMANN, L., *El estructuralismo genético en sociología de la Literatura*, en 'Literatura y sociedad', op. cit.
- JONES, W.K., *Estebanillo González*, 'Revue Hispanique', nº. LXXVII, pág. 201 ss.
- LAZARO CARRETER, F., *Tres historias de España. Lázaro de Tormes, Guzmán de Alfarache y Pablos de Segovia*, Salamanca, 1960.
- MARAVALL, J.A., *Una interpretación histórico-social del teatro barroco*. 'Cuadernos hispanoamericanos', Junio, 1969, nº 234.
- MOLHO, M., *Introducción al pensamiento picaresco*, Anaya, Salamanca, 1972.
- MONTE, A. del, *Itinerario de la novela picaresca española*, Edit. Lumen, Barcelona, 1971.
- MORENO BAEZ, E., *Lección y sentido del Guzmán de Alfarache*, Anejo XL de la FE, Madrid, 1948.
- PALOMO, M^a del PILAR, *La literatura clásica española*, Edit. Planeta, Barcelona, 1976.
- PARKER, A., *La novela picaresca en España y en Europa*, Edit. Gredos, Madrid, 1971.
- PRIETO, A., *La nueva forma narrativa: Lazarillo*, en 'Morfología de la novela', Edit, Planeta, Barcelona, 1975.
- SKLOVSKI, V., *Sobre la prosa literaria*, Edit. Planeta, Barcelona, 1971.

Para las citas de las novelas picarescas, véase: *La novela picaresca española*, t. I y II, Aguilar, Madrid, 1978, 7^a edic.